

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid
—¡Indudablemente, yo siempre he sido un hombre de miras muy elevadas!

Dib. RAMÍREZ.—Ma



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

Precios de suscripción EMPEZARA EL PRIMERO DE MES

MADRID

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	6,50 pesetas.
Semestre (26 —).....	13 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO. — UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES

MANZANEDO Y COMP.^A, México, 647.

Semestre.....	\$ 6
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ANGEL, 5
MADRID

ZERO



COLONIA

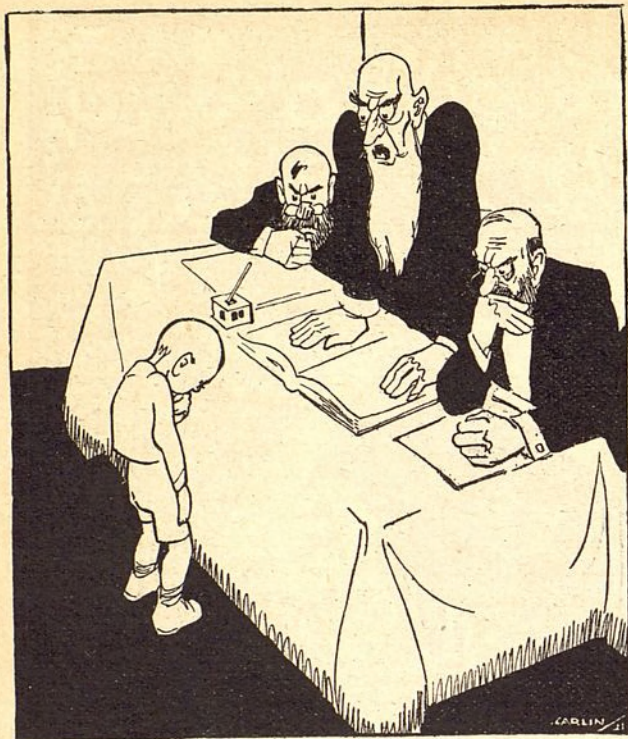
JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA



— ¡Pero...! ¿A tu edad, no saber cómo se resuelve una ecuación de tercer grado?... ¡Qué vergüenza!...

(De CARLÍN, en Numero. — Turin.)



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

CIGARRILLOS ORIENTALES

CAVALA y MISS BIANCHE

Los MEJORES Y MAS BARATOS

J. GIRALDEZ

Alesanco

CARRETAS, 6

MEDIAS DE SEDA

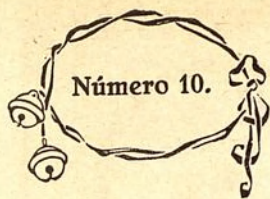
::: GUANTES :::

BOLSOS - PAÑUELOS

ARTÍCULOS PARA CABALLEROS

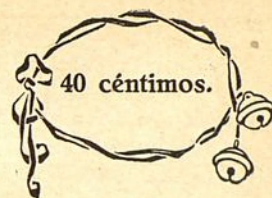
Alesanco

CARRETAS, 6



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO



Madrid, 5 de febrero de 1922.

EL HOMBRE DE LA DICHA

EN el camino de Leganés, a la derecha según se sale del manicomio de Esquerdo, se ha encontrado un manuscrito que, copiado a la letra, dice así:

«Ustedes habrán oído hablar de *El hombre feliz de Almeida*, en tres tomos, ¿eh? Pues el hombre feliz de tomo y lomo soy yo, o, mejor dicho, lo he sido, porque ahora no me siento dichoso del todo, ¿para qué lo voy a negar?»

«Pero yo he sido, no una, sino muchas veces, el hombre de la dicha; así como suena.

«¡A muchos les habrá sonreído la Fortuna alguna vez; pero a mí una, y otra, y otra, no sólo me ha sonreído, sino se me ha reído a carcajadas. La Fortuna ha sido mi esclava muchas, muchísimas veces; lo malo es que siempre me ha durado muy poco.

«Y por si hubiera algún mentecato que tratara de disputarme el campeonato de hombre de la dicha, ahí va escrito lo que, entre otras cosas, he hecho en este mundo. ¡Véase la clase!:

«I. A los diez años de edad he tenido en mi mano el premio gordo de Navidad, que consistía entonces en seis millones de reales.

«II. A los catorce, con una honda y dos piedras, he hecho correr a ocho guardias civiles.

«III. A los veinte he obtenido la mano de una multimillonaria norteamericana.

«IV. A los treinta, cuando la guerra civil, he dominado en una tarde dos provincias españolas.

«V. A los treinta y cinco he desempeñado la cartera de Gobernación.

«VI. A los cuarenta he ocupado el trono de San Fernando.

«VII. A los cincuenta he puesto una bomba en el teatro Real, siendo felicitado por el ministro de Hacienda.

«En la actualidad, que tengo sesenta y nueve abriles, soy

presidente de la República, dimisionario.

«El que haya hecho otro tanto, que levante el dedo, y el que lo dude, que examine los adjuntos justificantes de todo lo dicho.

«He dicho.

«Firmado: *I. O. de R.*»



Como suponemos que el lector será de los que busquen los justificantes, los copiamos a continuación:

«I. Siendo colegial de San Ildefonso saqué con mis manos lavadas del bombo de la lotería la bola del premio mayor. (Véase la lista grande de 1865.)

«II. Estaba yo tirando piedras a las palomas de la casa-cuartel, cuando dió

una en un cristal; salieron los guardias, me vieron, yo puse pies en polvorosa, y les hice correr tras de mí hasta que me pescaron. ¡Aun me resiento, cuando el tiempo va a cambiar, del puntapié que me dió el cabol!

«III. Era yo marinero en Cádiz, y al descender por la escala la rica heredera, no se atrevía a saltar al bote, porque había mucha mar. Yo le pedí la mano para saltar, y me la dió.

«IV. Fué en una tarde en que subí a un pico de la sierra desde donde se dominan las dos Castillas.

«V. Estábamos revocando la fachada del Ministerio, y un compañero me reveló en secreto que había robado de una mesa la cartera vacía del ministro y la había empeñado. Como aquello podía costarnos caro, fui y la desempeñé.

«VI. Acompañando a unos *isidros* fui a ver el Palacio Real una tarde de verano, y al ver el sillón del trono, me senté. ¡Vaya una escandalera que me armó el ujier!

«VII. Trabajando de oficial fontanero, puse con estas manitas una bomba de incendios en el teatro Real a la derecha del escenario, y el día que la estaba terminando de poner vino el ministro a ver las obras y me felicitó.

«Por último, mi familia, que se empeña en que tengo manías, me trajo a Leganés, donde los compañeros de sanatorio me eligieron presidente de la República de Guagua; pero se ponían tan pesados y me daban tantos capones para que arreará, que he hecho dimisión y les he dicho que el que venga atrás que arree.»



Prendida con un alfiler al final del manuscrito hay una tarjeta que tiene una extraña coincidencia con las iniciales de la firma.

La tarjeta es de Inocente Orate de Remate.

Por la copia,

CARLOS LUIS DE CUENCA.



Dib. SILENO. — Madrid.

LA BARAJA DEL AMOR

(EPISTOLARIO CÓMICOAMOROSO)

XI



MILIANA de mi vida: Ahora comprendo tus consejos, ahora, que ya no tiene remedio. ¡Si te hubiera hecho caso! Imagino que has debido casarte muchísimas veces, ya que conoces a maravilla la psicología del matrimonio. ¿Y habrá hombres — ¡salvajes, más que salvajes! — que se casen en segundas y aun en terceras nupcias? ¡Yo que me casaba para estar en la gloria, y pago el inquilinato en el infierno! ¡Cuánto me acuerdo de aquella noche en que, ya de día, nos despedimos de la vida de solteros...!

Me pediste, Emilianita, que te asignara una pequeña viudedad, y lo he cumplido. Me rogaste que te contara mis impresiones de casado, y voy a cumplirlo.

Lee y compadéceme.

Nos casaron de noche para

«... que no alumbrara el Sol desdicha tanta».

El luto de la familia de «ella», de mi «tormento», hizo que saliéramos de la iglesia «cabe» un auto en dirección del monasterio de Piedra, bello y descuidado monumento del siglo XII, pródigo en truchas, espléndido en cataratas y abundoso en retumbantes ruidos.

Íbamos en un auto descubierta y a dos grados bajo cero.

Con ese «relente», la calefacción central de unos recién casados parece la más frígida cámara frigorífica. El frío era espantoso; no podíamos abrir la boca ni para robarnos un beso. Y eso que íbamos...

«... tan apegaos, tan apegaos como los sellos engomaos».

A la altura de Arcos de Medinaceli se nos pinchó por cuarta vez un neumático y estornudó por quin-

ta *vegada* mi esposa. Cerca de Cetina ocurrió otro estropicio en el coche. La avería costó hora y pico repararla. Mi pobre mujer «cogió» un *tisatur* de estornudos y bostezos, digno de haberlo *filmado*. ¡Pobre! Más que mujer era una foca en la muda.

Las dos alitas de la nariz, que a mí me enardecían por lo vibrátiles, se habían convertido en la fuente de los Galápagos.

El catarro nasal aparecía con tal fuerza, que aquellos dos caños de corriente continua, recordaban las cataratas del Niágara...

Casi de madrugada llegamos, más muertos que vivos, a la patria de ese monumento que se llama *Nacional II*. Estábamos en Alhama de Aragón.

Gracias a un billete de cinco duros que le dimos a un sereno, y a que me un gran amistad de antiguo con el popularí-

risimo Corrales, logramos un yantar sobrio y un buen lecho. Pero...

«¡Oh dolor, lágrimas mías!».

mi esposa usufructuaba un calenturón tan enorme, que derretía los hierros de la cama.

Llegó el físico, pulsó, preguntó, termometró, recetó, cobró y se marchó..., recomendando, al hacer mutis, reposo, mucho reposo, quietud absoluta.

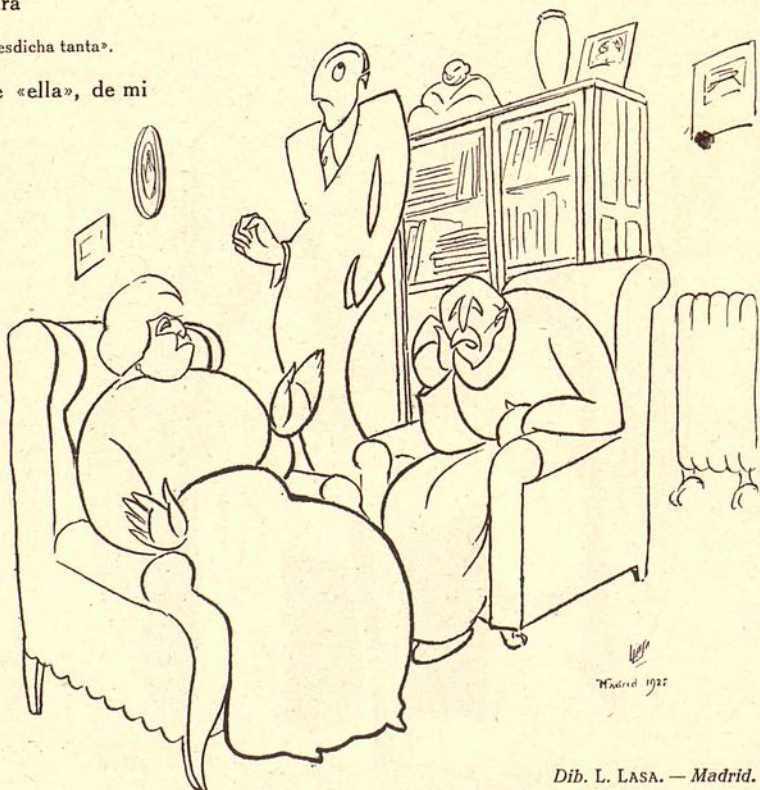
Por fortuna, un enfriamiento en plena luna de miel dura poco. Pero el agua termal, esa maravillosa panacea para alivio y consuelo de artríticos, reumáticos, nigrománticos, tresillistas y clérigos, me revolucionó *la caja del cuerpo* de tal modo, que, *engarabitado*, hecho *un oவில்*, estuve horas y horas, a pesar de los auxilios que me prestó ese mago moderno, ¡Dios le bendiga!, que se llama ¡Viva Pérez!

¡Qué veinticuatro horas pasé en ridículo, que voy, que vengo! Cuanto más reflexiono, más me sonrojo.

Nos habían enyugado un lunes al caer el sol, y el miércoles, muy de mañana, ingería yo, a vida o a muerte, una pócima casera, invento del gran Corrales. Aquel bebedizo me sacó del callejón del ridículo, recobrando mis ardores juveniles.

Mi mujer bendijo una, dos, tres, cuatro veces al gran Corrales. Desde el miércoles al sábado inclusive no paramos; en nuestro afán de verlo todo, vimos hasta la posada de Tarodo.

El domingo caí en cama otra vez; las aguas, la altura o quizás mi tormentosa adolescencia me dejaron más parado que una faena de Belmonte. ¡Cuánto me acordé de ti, que tienes usía para dar fricciones! ¡Lo que te eché de menos!



Madrid 1932

Dib. L. LASA. — Madrid.

— Ya lo sabes: si no quieres que nos quedemos sin criada, tienes que hacerle el amor.

— Pero, mamá, ¡si además es horrible!...

Compadéceme, Emi; ocho días he estado tendido en una cama mercenaria, en una cama que no era la de mi madre, que no era la tuya. Ocho días sin más distracciones que el baño, la cascada y el ruido de los mixtos.

Y ahora viene lo más grave: en esos ocho días, mi mujer, preocupada con mi enfermedad, abandonó su *toilette*, descuidó su *charipé*, no se revocó... ¡Se me saltan las lágrimas, Emiliana!...

Mi mujer no es guapa, ni rubia, ni alta, ni gorda. Mi mujer, si no fuera por el dorado de los dientes y el lagrimeo de los ojos, no habría modo de saber a punto

fijo cuándo se halla de espaldas o *viceal-contrario*.

Además, es culibaja, patizamba y pelicana; vamos, que tiene unos mechones blancos feísimos, plata sobredorada gracias al agua oxigenada.

Y por si esto fuera poco, *posee* un dormir que me servirá de atenuante el día que la abandone...

«... como una res destinada por su dueño al matadero.»

Cuando aspira, ronca tan desafortadamente, que ha llegado a alarmar al sereno; y cuando hace la inspiración, silba con tanta fuerza, que apaga la luz eléctrica.

Y ahora, el colofón. ¡No tiene más que una casa en usufructo, y sus padres han hipotecado la renta por veinticinco años!!

¡Adiós, mi vida! Mañana llegamos, a las nueve de la noche. No tengo que decirte que a las nueve y media, más bien antes, estaré en tu casa, de donde no saldré más que entre civiles y con dirección a la politécnica de don Fernando Poo.

Te quiere más que nunca tu

GATITO.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que empieza a preocuparse, no sólo de alegrar la vida a sus lectores y de hacerles

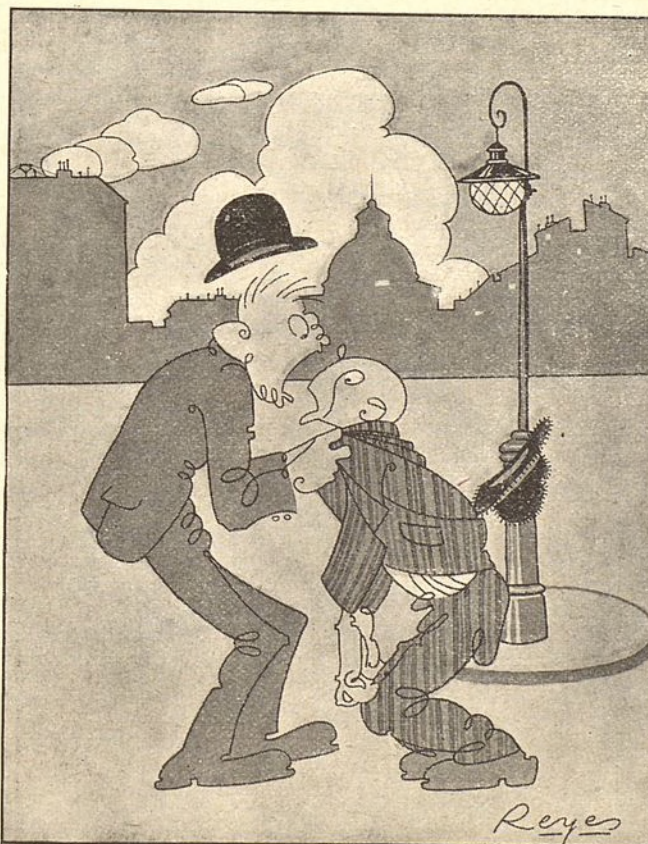
felices las digestiones, sino también de realizar una obra cultural y benemérita (no confundirse con la Guardia civil), me ha encargado de la misión transcendental de elaborar a brazo un diccionario castellano en el que figuren las palabras cervantinas cuyo significado no está definido en el de la Academia Española, tal vez por desidia, o quizás por ignorancia de sus honorables miembros.

Nadie ignora que el gran Mariano de Cavia ha sacado del atolladero a la Academia más de una vez, enriqueciendo el idioma patrio con sonoras palabras que no se les ocurrían ni por pienso a los señores académicos.

Yo, que no pertenezco a la docta Corporación por envidias y por oposiciones sistemáticas, voy a demostrar aquí que la interpretación de determinados términos castellanos no se ajusta a la realidad en el diccionario oficial, mientras que en el mío responde a su verdadero significado.

Y como el movimiento se

demuestra andando, y andando con salero, vean los lectores a continuación la prueba plena de mis afirmaciones:



Dib. REYES. — Madria.

— ¡Le voy a matar a usted, por canalla!... ¿Qué es lo que pretende usted?...

— Nada; que el entierro sea modesto...

A

Abono. — Producto que se arroja sobre las tierras para intensificar y mejorar su rendimiento. Se llama abono *vegetal* al formado por plantas pútridas y en fermentación, y abono *mineral* al constituido por sulfatos, carbonatos y demás camelatos químicos. Abono *animal* es una serie de personas que en los teatros vuelven la espalda al escenario cuando se representan obras de Calderón, Lope o Tirso de Molina.

Ajenjo. — Bebida desagradable y de fabricación baratísima, que en las novelas de ambiente francés escritas por autores españoles ingieren con deleite los protagonistas románticos y exquisitos, pero que en París la beben solamente los cocheros y los mozos de cuerda. ¡Pidan ustedes informes, y verán cómo no los engaño!

Aro. — Sitio por el que no quiere pasar Melquiades Álvarez, por cuya razón será ministro cuando la rana llame a la peñadora.

B

Barato. — Palabra castellana que no se usa desde 1914.

Birria. — Cambó como ministro de Hacienda.

Buñuelo. — Obra pictórica que suele llevar a cabo D. Antonio Maura con quince centímetros cuadrados de papel y media docena de pinceles.

Bu. — Lo que está haciendo García Prieto desde tiempo inmemorial.

C

Cara. — Parte de la cabeza donde están los ojos, o el ojo, si se es tuerto. *Cara* se llama también una cosa que le cuesta a uno un ojo de la ídem. *Dar la cara* equivale a que le hincen a uno el ojo restante.

Cierva. — Substantivo femenino: hembra del ciervo, animal tímido como la gacela, provisto de dos cuernos, y muy apreciado por los cazadores. También se aplica a un ser vivo, que no es hembra, ni es tímido, ni tiene cuernos, ni es apreciado por los *cazadores...*, ni por los de infantería de línea, ni por los de artillería.

Cuco. — Don Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones.

D

Dinero. — Lo que no se gana este año en ninguno de los teatros de Madrid, Zaragoza y Alicante... y demás provincias de España, que no nombramos por falta de espacio.

Doble. — Palabra que se aplica a ciertos vasos de cerveza. Si en vez de doble es triple, el vaso es de aguardiente, y la curda es de órdago.

E

Ebúrneo. — El pecho de Loreto Prado.

Encantador. — Francos Rodríguez.

Escuela. — Sitio donde no han ido la mayoría de las cupletistas españolas y la casi totalidad de los autores de los cuplés que cantan.

Equivocado. — Don Alejandro Lerroux, cuando cree que le van a llamar para gobernar a España.

F

Fiera. — *Chelito*, a las altas horas de la madrugada.

Frac. — Prenda de vestir, con la que, en España, muchos camareros parecen aristócratas, y una infinidad de aristócratas parecen camareros.

Fuente. — Esta palabra tiene dos acepciones. Si la fuente es de agua, se dice que es el alivio del sediento; pero si la fuente es de judías, entonces es el hambriento el que se vuelve loco.

G

Gabino. — Nombre propio, o, como dicen ciertos académicos, nombre de persona. Es peligroso llamar en las tabernas, y en voz alta, a los sujetos que llevan este nombre, pues la frase «¡Ven, Gabino!», puede interpretarse por «¡Dános otras copas!»; y si se rectifica el concepto, queda uno como un tacaño.

Gabinete. — Diminutivo cariñoso de Gabino.



ASTROCOREOGRAFONOMÍA Dib. ERNESTO. — Valencia.

— ¡Cómo le digo yo a mi señora que he pasado toda la noche con una estrella!...

Guardia. — Sujeto de casco duro como los pimientos, a quien se llama irónicamente *guindilla*, y que causa con frecuencia el regocijo público. Suelen hacerse invisibles cuando se altera el orden, y en los momentos de tranquilidad se los encuentra en las esquinas obstruyendo el tránsito. En las calles marchan por parejas. En las plataformas de los tranvías van en grupos de cincuenta.

CH

Chaleco. — Tercera parte de un traje de hombre. También se emplea esta palabra en tono de acerba censura contra ciertas immoralidades. No es conveniente confundir el chaleco con la americana, aunque se dan casos de americanas que han sido chalecos al mismo tiempo.

Chufa. — Producto del choque rápido de la palma de la mano derecha de un individuo con la mejilla izquierda de otro personaje situado frente a él.

Chuleta. — La misma cosa.

H

Hipo. — Lo que quita la Elena Cortesina cuando baila sin mallas.

Hilo. — Búsquese *Carrete*.

Himeneo. — Véase *Matrimonio* y *Meneo*.

Hueca. — Véase la cabeza de Allendesalazar.

I

Imposible. — Que la empresa del Metropolitano no abuse de la gente.

Invierno. — Lo que no hay manera de pasar en Madrid, sin exponerse a *diñarla*.

Indecente. — Cualquiera de las novelas de Hoyos y Vincent.

Impropio. — Sánchez Guerra con medias transparentes, y Azorín con traje de luces.

J

La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa; que quiere ser capitana de la tropa aragonesa.

K

Kiosco. — Construcción veraniega, ligera y elegante, donde tocan las bandas militares o municipales. Creemos de *necesidad* mencionar otros kioscos donde nosotros hemos oído varias veces estupendas músicas de autores desconocidos. Precio de la audición: diez céntimos.

L

Lío. — Casamiento republicano.

Luz. — Lo que no se ve en las calles de Madrid desde el anochecer en adelante... Y lo que tampoco se ve en mi bolsillo desde la una de la madrugada hasta las doce y cincuenta y nueve de la noche...

Luisa. — La hija de mi portera.

LL

Lluvia. — Cosa absolutamente necesaria para que en Madrid haya harina de trigo, den *algo* de flúido las Compañías eléctricas y se limpien las calles de la costra repugnante de inmundicias que las cubre.

(Se continuará, si el tiempo no lo impide.)

ERNESTO POLO.



— Ahora volveré a salvar a su esposa.
— ¿Tiene usted mucha prisa? Porque podíamos tomar unas copas.

Dib. K-HITO. — Madrid.

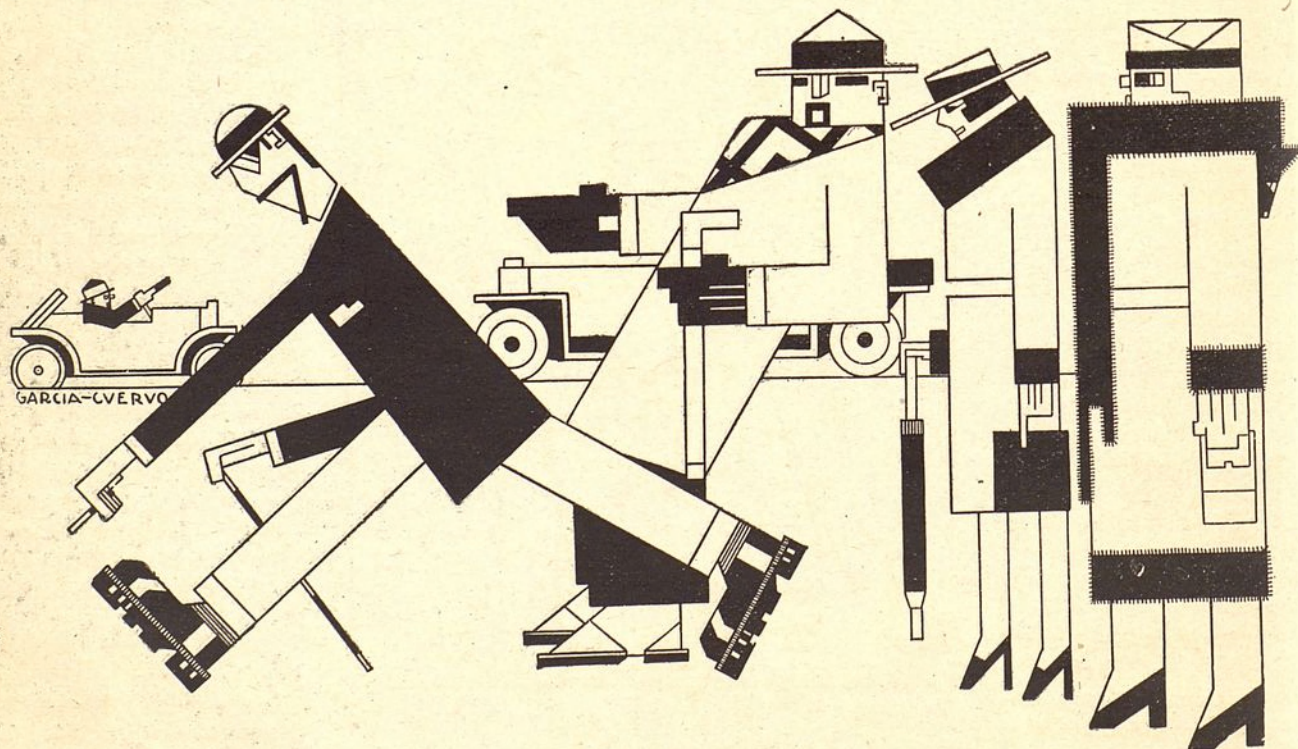
NUESTRA FAUNA

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Que el hombre es un animal afirman a toda voz, desde el principio del mundo, los filósofos y los naturalistas; mas dícese por un periódico atroz, impreso en lejanas tierras, que en nuestra pobre nación abundan los animales de dos pies, y eso ya no puede aguantarlo quien haya nacido bajo este sol. Sin embargo, si ha leído un día y otro el autor de gracia tal que los gatos de Madrid son... como son en esta villa del oso, en donde un Cordero es hoy

edil; que no hubo plumífero como el canario Galdós; que da el buen Palomo a veces conferencias en la «Unión»; que cuando canta cupletes es Ortas un rruiseñor; que aquí más de cuatro ratas van a la Delegación; que aquí es cierto secretario fiel perro de su señor; que aquí abundan los besugos, los percebes y hasta los avestruces en más de una respetable institución; que se ven zorros y cucos y mansos al por mayor; que Toca es una hormiguita; que es Luca un mariposón;

que existe un caballo blanco que es a la vez senador; que la Cierva, el rey de Mula, corta el bacalao con hoz; que pollos «bien» hay de sobra, y un Lobo que es Regidor, y en varias plazas un Gallo, y en la Comedia un León, ¿no le parece a usted lógico, amable y caro lector, que, viéndonos a distancia (por ejemplo, en Nueva York), se puede pensar cualquiera, si juzga por impresión, que esto es una especie de arca de Noé?... Bien sabe Dios que no somos animales; pero ¿lo parece, o no?...



¡BESTIAL, CHICO, BESTIAL!

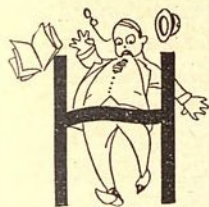
— Y ¿por qué dices que son raros los ingleses?

— Porque en todas partes un par son dos, y en Inglaterra dicen que es uno...

Dib. GARCÍA-CUERVO. — Madrid.

LOS GRANDES COLONIZADORES

VILLABRÁGIMA Y MAGALLANES



EMOS leído en los periódicos que el nuevo y flamante alcalde, señor marqués de Villabrágima, piensa dar viviendas de mamposería a los habitantes de Magallanes.

¡Magnífico!... ¿Hacia dónde cae Magallanes?... ¿Creo que hacia el Pacífico... ¿Unas islas?... ¿Un barrio?... No lo sé bien. Me parece haber oído hablar de un estrecho: no sé si aludirán a la estrechez con que viven allí los habitantes. Y el Pacífico, ¿qué es eso? ¿Un barrio?... ¿Un mar?... No puedo decir nada a ciencia cierta; pero para el caso es lo mismo. La cuestión es que determinadas familias que hoy viven en chozas van a disponer mañana, gracias al alcalde de Madrid, de casas elementalmente confortables.

Hasta ahora no se conocían más que ensayos aislados de personas de posición que alquilaban algún pisito que otro para albergar, más o menos a lo grande, a ciertos hijos de familias menesterosas, hijas casi siempre, y menores de edad en ocasiones. Esto siempre está bien; pero la filantropía esporádica y como si dijéramos al por menor — o por menores —, no tiene verdadera eficacia social. Había que acometer la empresa en grande. Y es lo que se ha propuesto Villabrágima.

La decisión puede tener un alcance extraordinario. Todo es empezar. Un día cualquiera pasará por Magallanes un viajero, y se encontrará con una serie de viviendas desalquiladas.

— ¿Qué es esto? — preguntará.

— Pues verá usted — le contestarán los indígenas —. Fué un ensayo de colonización que realizó, hará unos cuantos años, el actual presidente de

la República española, que era alcalde de Madrid por aquel tiempo. Dió casa a los que no tenían casa; pero no les dió qué comer. Trataba de ensayar el alcalde a ver si se solucionaba el problema social poniendo casa a los que vivían en chozas. Y resultó que no; que necesitaban comer además, y que los infelices llenaban la casa; pero la casa no les llenaba a ellos. Y murieron.

Entonces el viajero sentirá deseos de repetir el ensayo del alcalde, perfeccionándolo, gracias a las enseñanzas de la experiencia, y se dirá: «¡Perfectamente! El problema consiste, por lo visto, en dar vivienda y, además, dar comida. Se trata de dar casa a los pobres para que vivan en ella, no para que mueran en ella. Una vivienda en la que no se vive,

no es vivienda. Hay que mantener, no ya a la habitación, sino al habitante.»

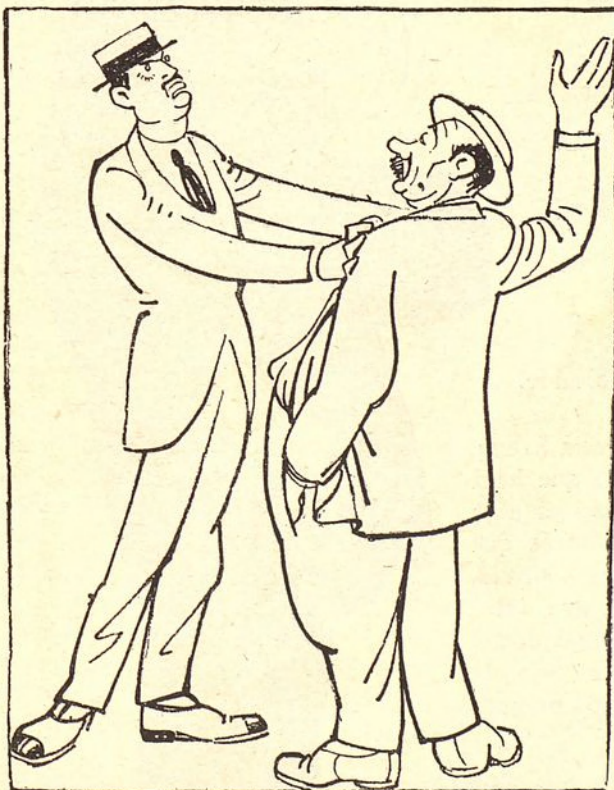
Y entrará el progreso de la cuestión en una nueva fase.

Pero vendrá un tercer señor que dirá: «En cuanto un hombre tiene casa, empieza a sentir la necesidad de salir de casa en seguida. El conjunto de una vivienda humana se compone de inmuebles, muebles y movibles. *La donna é mobile*, y el hombre sigue a la mujer. Dé usted casa a un hombre, y obligúele a estar en casa, y se tirará a las paredes. Hombre que tenga casa y no pueda marcharse al café, hombre al agua, o lo que es peor a veces, hombre al vino. Inquilinato e inquisición tienen raíces comunes; y el inquilino no puede ser casero, por definición. El hombre tiene que irse de su casa para sentir el gozo de volver a ella. Esta es la eficacia de la casa. Y lo demás, pobreza y muerte.»

De esta manera pensará el tercer filántropo. Y entonces la iniciativa del alcalde de Madrid habrá llegado a su perfecta madurez. El hombre que vive en chozas debe vivir en una casa; es decir, que lo importante no es vivir, sino vivir de cierto modo, vivir mejor, vivir con desahogo. Eso es lo que el alcalde piensa y siente, porque es la lección que aprendió desde niño en su familia. Vivir con desahogo: en eso está el secreto. Cuando se dé a los habitantes de Magallanes casa, mesa y posibles para entrar y salir de casa, sólo entonces habrá llegado a verdadera perfección el proyecto que hoy inicia el flamante Villabrágima.

Y entonces será cosa de pensar si resultaría bonito aplicar a todos los españoles el sistema seguido con los afortunados magallánicos.

EL BUSCÓN



Dib. APA. — Barcelona.

— ¿Es verdad que te has pasado al partido conservador?

— ¡Hombre, no tanto!... Me he dado de alta en él sólo por quince días.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

HAN VENIDO TITIRITEROS...



A hay programa amplio para resolver el llamado «problema de la decadencia del género lírico». Advertimos a tiempo al lector de que la Directiva de la Sociedad de Autores había encontrado la fórmula salvadora: el concurso de zarzuelas.

Con este concurso, con que las obras fuesen buenas y con que luego agradaran al público, la cosa podría marchar como sobre ruedas. Pero la empresa de la Zarzuela, que es subarrendataria del local — el arrendatario es un «lírico» del que más adelante nos ocuparemos —, no fiándose aún de las luminosas iniciativas de la Directiva de Autores, se ha buscado, para asegurar su negocio, otro concurso: el concurso de unas mulas sabias, con todo respeto sea dicho, y sin intención, por tanto, de ofender.

En la Zarzuela, a falta de obras, se representan pantomimas por los payasos; y ante la imposibilidad de tener tiples ni barítonos, tienen mulas amaestradas y caballos en libertad. La brillante orquesta se ha substituído por la clásica «murga».

No hay género lírico; pero, en cambio, hay circo ecuestre.

El *camerino* que era de Lucrecia Arana, es ahora cuadra de una mulita que hace prodigios en la pista; lo cual, si es algo irreverente para las tiples y actrices que han actuado en el teatro, produce, a su vez, pingües ingresos a la empresa, que antes se veía obligada a ejecutar maravillosos funambulismos al apuntar en el reloj la hora de la nómina. Y nosotros nos preguntamos, un poco perplejos: ¿Qué ocurrirá si el público da en la funesta manía de no ir tampoco a las funciones de circo?

A lo mejor — otras cosas más disparatadas se han

hecho — anuncia un nuevo concurso para premiar al más brillante número acrobático que actúe en los barracones de las ferias. O al que presente la mula mejor educada — otra vez pedimos mil perdones — y más obediente al látigo del domador.

Y los autores y los cómicos, tan contentos con la substitución...

LOS LÍRICOS...

Y vamos con los músicos. El arrendatario y subarrendador de la Zarzuela es una gloria nacional: tiene centenares de obras estrenadas, y casi todas con éxito. Es un autor del género lírico de los que no tienen rival...

Y, además, es poseedor de un contrato de arrendamiento que le permite volver a alquilar el teatro, con un margen de ganancia de unos treinta duros diarios; y esos treinta duros gravan mortalmente el presupuesto de la compañía que quiera actuar en el coliseo de la calle de Jovellanos...

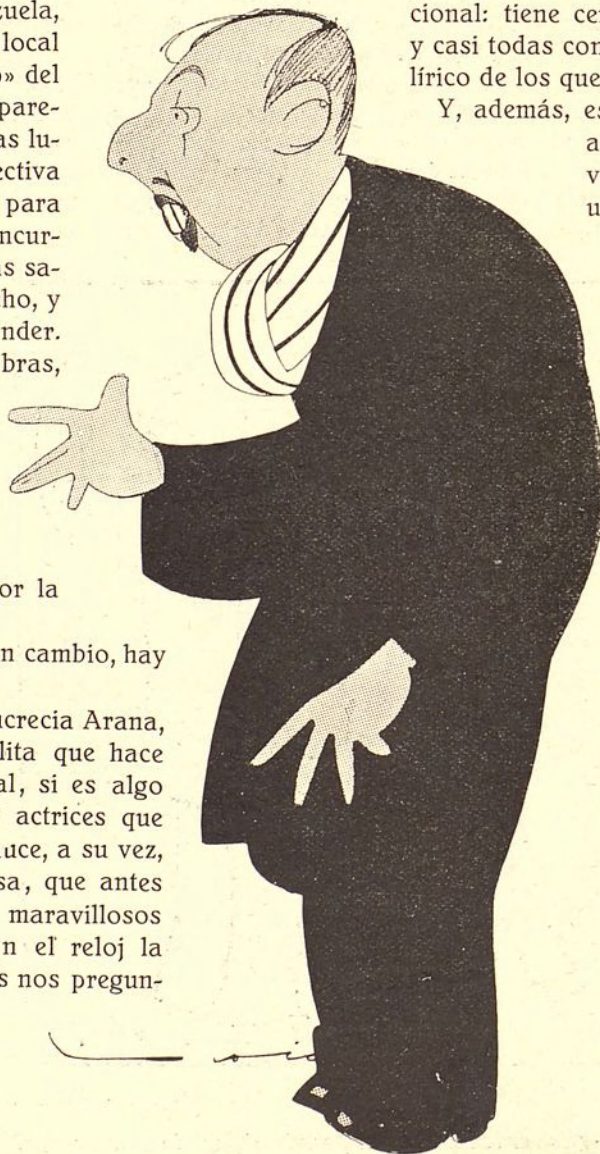
Es un «lírico» ese empresario, y un entusiasta por todo aquello que se refiera al Arte: al arte de vivir bien y de ganar dinero lo más cómodamente posible.

"EL CUARTO DE GALLINA"

Joaquinito Dicenta y Antonio Paso (hijo) han estrenado en el Coliseo Imperial una *astrakanada* descoyuntante que se titula *El cuarto de gallina*.

Es una magnífica producción escénica para los que están bajo los efectos de un amargo dolor, por aquello de que «los duelos...», etc. Una ración de ave en estos tiempos resulta una cosa muy seria.

A nosotros lo único que



Paco Alarcón, del teatro Infanta Isabel,
en ¡Que no lo sepa Fernanda!

nos extraña es que sea Dicenta el autor de esa obra.

El Sr. Paso sigue el ídem de su señor padre; y, en cambio, Joaquinito se va por camino divergente del de su ilustre antecesor.

Claro es que el joven Dicenta, un poco avergonzado de sus obras — escribir y estrenar esa comedia —, no se ha atrevido a firmar con su nombre, y ha buscado un seudónimo que aminora su falta: Don Jacinto Quina.

Eso de poner Quina en vez de Dicenta le parece un poco menos amargo cuando se queda a solas con su conciencia literaria.

Y es lo que él piensa:

— Lo de *El cuarto de gallina* lo hice con vistas al puchero...

¡Y a nosotros nos parece lo más lógico!

¡ESE «CHAUFFEUR»!

El Sr. Ramos Martín ha estrenado en Cervantes una comedia que se titula *San Pedro*.

Antes del estreno envió su correspondiente autocrítica a un periódico, y para mayor brillantez, la puso en verso.

Refería en la composición poética quiénes eran los personajes de su obra, y citaba a una portera fiel a su esposo, a una doncella que, por los datos, no debía serlo tanto, puesto que nos adelantaba algo de su coquetería; hablaba de otra doncella más, de un cocinero y de un conductor de automóviles «distinguido»...

Al llegar a éste, advertimos la falta de sinceridad del autor: a simple vista — y al oído — apreciamos que el tal *chauffeur* era un hombre desconsiderado, absurdo y... sin la más leve noción del ritmo.

Ojo al verso:

«Una portera fiel a su marido;
una doncella joven y coqueta;
otra linda, graciosa y pizpireta;
un cocinero, un *chauffeur* distinguido.»

O ese *chófer* es *chófer*, o no me suena bien la cosa. ¿No le parece al Sr. Martín?

JOSÉ L. MAYRAL.

Dibujos de SIRIO.



Irene Alba y Juan Bonafé, del teatro del Centro, en *Ramo de locura*.



EN CASA DEL ANTICUARIO

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

— ¡No, nada de esto! Desearíamos lo más antiguo, lo más raro que tenga en la casa.
— ¡Lo más rarol... Perdonen un momento; voy a llamar a mi mujer...

PERINOLA LITERARIA

"LAS PÍLDORAS DE HÉRCULES"



ON Luis Araquistain es mucho más sabio de lo que ustedes se figuran. De los siete sabios de Grecia, era el sexto; pero desde que vino de Inglaterra escribe peor y ha perdido un puesto: ahora es el séptimo. Y como estos siete sabios — por rubor — no querrán nunca dar sus nombres como tales, quiero yo revelarlos a la posteridad. Primer sabio de Grecia, Unamuno; segundo sabio de Grecia, Pérez de Ayala; tercer sabio de Grecia, Pío Baroja; cuarto sabio de Grecia, Valle Inclán; quinto sabio de Grecia, Azorín; sexto sabio de Grecia, Ramiro de Maeztu; y séptimo sabio de Grecia, Araquistain. No hay más sabios en España; y si no, que se lo pregunten a ellos.

¿No vale nada este descubrimiento? ¿Es posible que haya permanecido tantos años oculto? ¿Dónde está la Academia, que no ha proclamado sabios a estos inmortales — o inmortales a estos sabios —, al lado de D. Gabriel Maura y del Sr. Gutiérrez Gamero?

Pero vamos con Araquistain, que tontamente ha dejado perder el sexto lugar en la clasificación grecizante, sólo por venirse de Inglaterra, como decimos. ¡País aquél maravilloso, donde con aspirar el ambiente basta y sobra para que descendan las ideas al cerebro, en figura del maná! Y no éste, pueblo de incultos, en que es uno sabio y nadie lo reconoce. ¿Qué se le va a ocurrir aquí a un escritor?

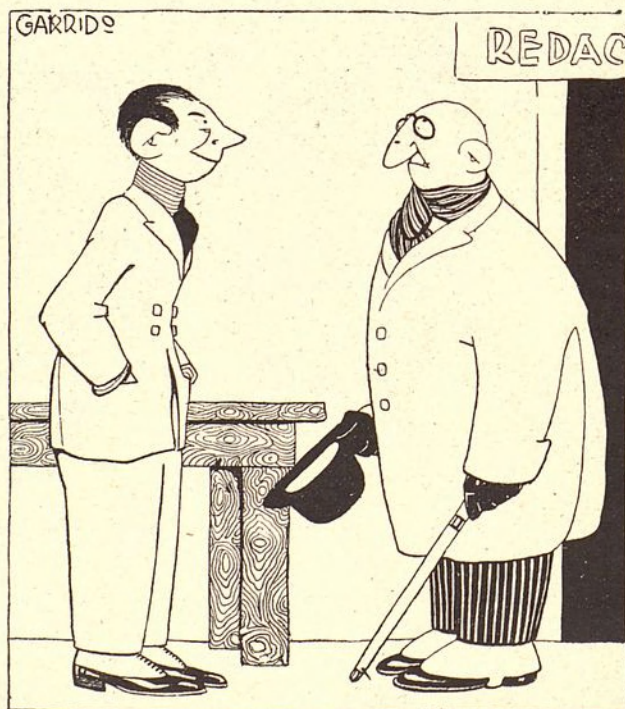
Pero el Sr. Araquistain no ha querido dejarse ganar así como así por Ramiro de Maeztu; y, con su proverbial valentía, ha levantado *Las columnas de Hércules*, que nada menos se titula una novela que acaba de publicar, bautizando además al protagonista

con el alto, sonoro y significativo nombre de Herculano. Todo aquí, como se ve, huele a mármoles y a bronce. Herculano, por ende, se apellida Cacodoro, apelativo terrible, como lo muestra su raíz griega (de *Kakos*, malo); y su hija, la heroína de la acción, Hipólita. No hay, pues, tilde, señal, sombra, ni rastro alguno que no lleve la marca de sabio de Grecia. Y, en fin, por si esto fuera poco, con el título ha querido también significar el Sr. Araquistain que no hay más allá de su novela, pues sobre *Las columnas de Hércules* debe campar el *Non plus ultra*.

Lo malo, ¡ay!, lo *kakos* de la obra, es que las columnas de este Herculano Cacodoro son unas píldoras mágicas — contraposición a los descubrimientos de Voronof — para devolver la virilidad. Tal es el eje de la novela. He aquí el argumento: El napolitano Cacodoro tie-

ne una crisis genésica a los cincuenta años; cúrase con una planta; aprende de un farmacéutico a elaborar comprimidos con el extracto, y crea unas famosas «Píldoras Herculinas». Viene a España con intención de explotar el invento, y busca un agente de publicidad, Modesto Escudero, en quien se personifica el narrador. Éste le dice que lo más conveniente, si ha de ser de resultados la publicidad, es fundar un periódico. Así lo realizan. El diario llega a tirar ejemplares sin cuento. A la sombra de unos políticos, Cacodoro comienza a medrar. Escudero lamenta la incultura del italiano, y le hace adquirir una biblioteca de volúmenes de amigos suyos — de amigos del Sr. Araquistain, se entiende —. A todo esto, las píldoras se venden por fanegas. Pero Cacodoro es codicioso. Nuevas amistades políticas ponen en peligro la dirección del periódico, que

ostenta Escudero. Un tal Negrete quiere arrebatarla. Entonces surge Hipólita, hija de Cacodoro, la cual, con femineidad equívoca, anda medio enamorada de una actriz, a la que pinta su retrato. Expresa a Escudero sus ideas contrarias a la maternidad, contrarias a la paternidad, contrarias a todo contacto con el hombre, en una palabra; y sin más ni más, le sopla que está prendada de él; que lo piense; que le conviene casarse con ella; pero que nada espere..., por las razones dichas. Vivirán como amigos. La cuestión es triunfar de Negrete, para lo cual, y con el matrimonio, ella influirá cerca de su padre. Escudero accede; se casan por lo civil, y cada cual vive en su casa, no sin la natural maledicencia. Pero Escudero sufre, tanto porque Hipólita no permite que se le acerque — ¿para qué? —, cuanto porque la codicia de Cacodoro — enredado además en amores con la



UNA ACLARACIÓN

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Vengo a hacer constar que yo, don Juan Pérez del Pulgar, rentista, no soy el Juan Pérez que robó seis pesetas y una estera en la calle del Tribulete...

actriz amiga de su hija — va en aumento.

Así las cosas, viene ahora un alemán, Schwarzhäler, que mete dinero en el periódico y compra ministros para — ¿quién lo presumiera? — hacer campaña a favor de la insurrección de las cabilas marroquíes, provocar, como ocurre, el trágico levantamiento de julio, ¡y echar la culpa a los manejos de los franceses!

Como la fantasía del novelista es hercúlea o herculina, verán ustedes qué final da a la obra: matan al presidente del Consejo — ¿alusión a Dato? —, y el Gabinete entrante ofrece una cartera a Cacodoro. Negrete interroga a Modesto:

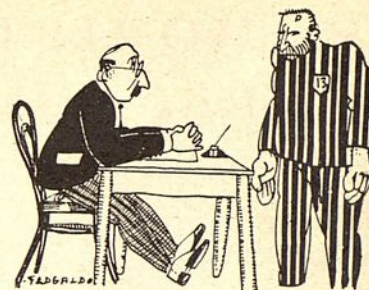
— Y usted, Escudero, ¿no quiere nada?

— Sí, y más que todos ustedes — responde.

Y como es honrado, va al periódico, y, en ausencia de los redactores, que celebran con una orgía la elevación ministerial del propietario, esto es, de Cacodoro, escribe un artículo, que nadie ve hasta que sale a la calle *El Orden*, en el que expresa su dimisión, la historia de su suegro, el dinero alemán de Schwarzhäler, el verdadero origen del levantamiento de África, y, en fin, la culpabilidad absoluta y los planes siniestros del nuevo Gobierno.

Lee Cacodoro su diario, ya con el uniforme puesto para jurar; échase una pistola al bolsillo, y sale en busca de su yerno. Pero, ¡ah!, al pretender subir en el ascensor, le da un ataque de apoplejía, y «Muerto, sentenció el médico después de auscultarle».

¿Qué decide entonces Escudero? Pues coger a Hipólita, la cual (no se sabe por



Dib. FEDGALDO. — Madrid.

— ¿De modo que ha intentado usted fugarse limando las barras de su calabozo?

— Sí, señor director. Yo no me paro en barras.

qué) aborrecía a su padre, y no parar hasta San Sebastián, donde, al leer la Prensa, halla, no sólo la noticia del fallecimiento de Cacodoro, sino también la de que la muchedumbre, indignada, ha pegado fuego al edificio del periódico de que era director.

Sigue el viaje a París, y ahora viene lo bueno: que al despertarse a la mañana siguiente de la llegada y restregarse los ojos, observa que Hipólita va «desliéndose íntegra en cuerpo y alma, entre sus brazos», últimas palabras de la novela.

¡Caray! ¿Pues no habíamos quedado en que Hipólita...? ¿O habrá sido todo ello milagro de las píldoras herculinas?



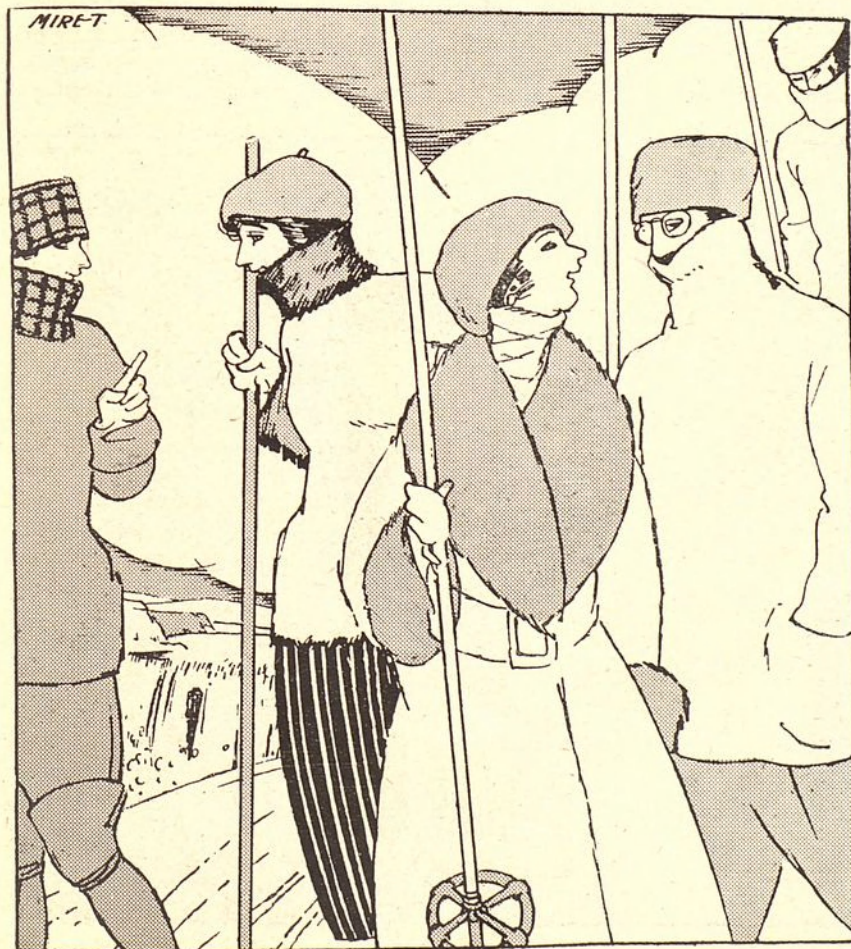
¿Han visto ustedes cosa más indigna de un sabio de Grecia? ¿Acabar como un currinche pornográfico? ¿Y después de todas las androgínias de Hipólita y del extracto herculíneo se mete con *El Caballero Audaz*?

Mucho tememos que el puesto de séptimo sabio de Grecia se lo arrebate el Sr. Grandmontagne, que anda a la caza de él.

¡Pues hablar del estilo y lenguaje de *Las columnas de Hércules*! Un artículo en prosa mazorril de pedagogo, largo, muy largo, de trescientas veintisiete páginas, sin luz, sin matiz... Se lo brindamos a nuestros enemigos.

Decididamente, este hombre tendrá que volver a escribir desde Inglaterra.

Luis ASTRANA MARÍN.



Dib. MIRET. — Barcelona.

— ¡Qué vista, ¿no?, hermosa!...

— No tan hermosa; fijate que tiene cataratas...

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

MATELDI

No podía retrasarse demasiado, en estas apostillas hebdomadarias a los valores humorísticos de hoy, la primera alusión a Italia.

Italia tiene siempre bien definida su significación en el arte de la caricatura moderna. Ha sabido además conceder pronto esa amplitud de criterio que en España se regatea y discute — ¡jto-davía! —, para aceptar, dentro del calificativo de humoristas, a los dibujantes no deformativos, no anquilosados en las exageraciones grotescas o fiados simplemente a la dudosa gracia del retruécano que ponen como fleco a sus caricaturas.

No. Italia, como Francia y como Alemania, de las que en cierto modo es feudataria por sus tendencias simplificativas y estilizantes; como Inglaterra y los Estados Unidos, que atienden a un concepto psicológico y a un costumbrismo lindante más con la ilustración editorial que con la esquemática sátira gráfica, Italia posee un grupo de humoristas y una serie de revistas de positivo interés.

Entre las revistas humorísticas, las más importantes son: *Fischietto*, *L'Asino*, *Il Toro*, *Numero*, *Don Chiscote*; pero no se limita a ellas, naturalmente, la colaboración humorística. Los *magazines* como *Il Secolo XX*, *La Lettura* y *Ars et Labor*, los diarios de más opuesta orientación política publican caricaturas constantemente.

Incluso tengo ahora sobre mi mesa el último número de

Il segnalibro — una revista mensual consagrada exclusivamente a la vida literaria internacional —, y en ella las caricaturas, los dibujos humorísticos, se refieren nada más que a los escritores, concediéndoles aquella atención que aquí suele reservarse a los políticos, las aúllacuplés, las danzantes y los bestiarios del coso.

Existe además la costumbre de los *Salones Humoristas*, que sirven para revelar artistas nuevos y consolidar las reputaciones ya hechas.

De este modo, no es raro que Italia tenga cierto número de dibujantas capaz de sostener el *Fischietto*, *L'Asino*, etc.

Fischietto y *Don Chiscote* son un poco retrógradas en el sentido artístico y aun en el ideológico. Semanarios para la burguesía, que cuida por su normalidad digestiva y su panurgismo intelectual. Algo aburridas, naturalmente.

L'Asino es el semanario combatiente, el que más se acerca al tipo de las revolucionarias revistas satíricas europeas. Enemigo irreconciliable de la Iglesia y de la Monarquía, conocen su director y sus redactores los pasillos de la Audiencia, las molestias de los interrogatorios judiciales, y acaso los malos días de la cárcel.

Pasquino es desenfadado, simpático, no muy dentro ahora del espíritu prometedor de su cabecera, porque en la nueva inquietud social de Italia ha adoptado una posición levemente conservadora.

Numero acentúa esa posición. Es una revista agradable, que ha reducido el tamaño de sus páginas. Cuando empezó, *Numero* tenía unas dimensiones más gallardas. Ahora son



EN EL EDÉN RUSO

LENÍN. — ¿No veis, cochinos burgueses, que tenéis la culpa de que fracase nuestra doctrina? Salvadla de la muerte, porque, de lo contrario, no podremos nunca anularos a vosotros.

un poquito mezquinas. Representa en la prensa humorística italiana lo que *L'Assiette au beurre* de anteayer o *La Baïonnette* de ayer en Francia. Con sordina, aguada un poco la embriaguez revolucionaria del primero y la belicosa de la segunda, claro es. *Numero* es prudente y respetuosa con ciertas instituciones tradicionales que *L'Assiette au beurre* lapidaba con enérgica videncia del porvenir.

El parecido de *Numero* con aquellas dos admirables revistas francesas, hoy desaparecidas, se refiere a que desarrolla en cada fascículo un tema determinado, y a él han de ajustarse los caricaturistas y los escritores.



Larga sería la lista de los humoristas italianos si tuviera la pretensión de acercarme un poco a su totalidad íntegra. Citaré sólo algunos, los más populares y los más valiosos, que no siempre hay una coincidencia afortunada en esto del mérito y la popularidad.

Sachetti, el costumbrista elegantísimo; Rata Langa, el implacable enemigo del clericalismo, cuyas caricaturas anti-papales eran el más feroz documento gráfico de la recopilación *Contre Rome*, publicada por Grand Carteret cuando los días candentes de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia; Golía, que dirige *Numero*, y que en sus comienzos prometía ser un buen discípulo de los maestros alemanes, para vulgarizarse después; Mateldi, ágil de estilo, agudo de intención, que da por sí solo carácter al *Pasquino*; Scarpelli, que firma su nombre con dos botas viejas; Carlin, profeico de línea y regocijado de asuntos; Rodella, de indudable buen tono; Quaglino, algo tosco, pero no exento de una modernidad que, por ejemplo, se afirma en Adolfo Wildt, hasta el punto de darle un carácter de *expresionista* germánico; Sergio Bruno, también moderno; Battinelli, esencialmente deformativo; Galluppi, desarticulado, sin gracia; Bisi, de una simplicidad sintética muy laudable. Y Argo, Dudovich, Molinari,



EL CRIADO. — *Perdone la pregunta Su Excelencia: ¿cómo ha tardado tanto en prohibir el uso de armas?*

EL MINISTRO. — *¡Qué ingenuo eres!... Esperaba que se matasen unos cuantos más. De ese modo quedaba menos gente que gobernar.*



LA VIEJA. — *¡No tengáis miedo! Dice que ya os dejará las cáscaras...*

Daabate, Musini, Dalsani, Manca, Gobbo, Rubini, Donati, Natoli...

Algunos de éstos habrán de ser comentados individualmente. Empecemos hoy por Mateldi.



Mateldi absorbe, colma el *Pasquino*. Siempre, la cubierta, la plana central, las ilustraciones de los artículos, aparecen firmadas por él. Incluso hay números en que también le pertenecen la contracubierta y los *tipos sociales* que forman parte del concurso de epígrafes que acucia el ingenio del público.

Mateldi posee lo que llama un crítico italiano *visione sinteticamente riassuntiva*. Eliminó de su estilo nervioso y agitado las líneas innecesarias; logró una estilización, no rígida y fría, como la de algunos humoristas germánicos, sino apasionada, vibrante, idiosincrásicamente latina. Porque esa misma fogsidad satírica de los temas y de la frase que caracteriza a Mateldi, está agitada, convulsa, enérgica en su trazo formal.

En estas condiciones, Mateldi no podía ser un plácido observador de costumbres, un ingenioso y frívolo glosador de anécdotas y figuras. Es un espíritu combativo, y así, de toda su obra, fragmentada en *Pasquino*, surge el ímpetu de un combatiente político.

La política le enardece, le inspira, le tiraniza. Se ha consagrado a ella por entero, como nuestro *Sileno*. Y como nuestro *Sileno*, tiene la certeza agresiva y la justeza concreta.

¿Cuál es la filiación política de Mateldi? En el sentido internacional, francófoba; en el sentido nacional, anticomunista.

Francia es su obsesión satírica. Los más terribles ataques de la caricatura italiana contra su aliada latina tienen el estilo inquieto, simplista, de Mateldi. Casi siempre son diálogos entre una dama — matronil o doncella — de luengas vestiduras, cabeza de pureza clásica y ostentando una bombilla eléctrica en la frente, con una cínica *apachinette*, descotada, maquillada y el gorro frigio sobre las greñas negras. Italia y *Mariana* son estas dos mujeres.

En un dibujo vemos a la *Mariana* apachesca ofreciendo un franco y diciendo a la doncella de las blancas vestidura

«Mira, querida hermana, te denunció el Tratado de 1898; pero te doy el *modus vivendi*.» «¿Un franco por toda mi ropa? ¿A eso llamas un *modus vivendi*? Gracias, querida hermana. Prefiero el *modus moriendi*.»

En otro dibujo, Francia, indignada, furiosa, le dice a Italia, serena, augusta, y siempre con su bombilla eléctrica en la frente: «¿Quién te insulta? ¿Dónde está esa miserable que es enemiga tuya, querida hermana?» E Italia, empujando a Francia frente a un espejo, le contesta: «¡Mírala!»

El mismo odio respiran los dibujos humorísticos de carácter social. Los comunistas, los socialistas, todos cuantos se agrupan en los partidos extremos, son fustigados por él de un modo terrible. Entonces, ¿es un caricaturista conservador, reaccionario, afiliado voluntariamente en una orientación enemiga de toda rebeldía?

Tampoco. Si Mateldí odia a Francia, que tan decisiva influencia ha tenido en el liberalismo mundial; si no perdona ocasión de zaherir la política reivindicatoria de los de abajo, no por ello puede tampoco decirse que es un adulator de los

elementos y las doctrinas contrarias. Inglaterra, Germania, Norteamérica — y no necesitamos añadir Austria —, tienen en él un detractor intransigente, aunque no tan enconado como respecto de Francia. Y es frecuente hallar en sus dibujos alusiones implacables contra el clericalismo en cuanto a sus pasajeras alianzas con los comunistas o los simplemente liberales.

Más aún: ha pasado las nubes y ha buscado motivos caricaturescos en las regiones celestes, donde vemos, por ejemplo, al Padre Eterno recorriendo el mundo, mientras la paloma de la paz, vendada, le contempla; o le vemos asomado a una ventana, fumando la pipa que le enciende un angelito y preguntando a San Pedro, que mira con un telescopio hacia la Tierra, donde curas, seglares y guardias luchan furiosamente:

— *Senti che baccano! Saranno comunisti?*

— *No, Eternità; sono i giovani cattolici che mettono in pratica il verbo... volevo dire il verbo di Vostro Figlio.*

José FRANCÉS.



Dib. LINAGE. — Madrid.

— ¿Cómo es que pone usted el puesto junto a la iglesia?

— ¡Ya ve usted!... Pa tener parroquia.

POEMAS HIPERULTRA

1

P. L. C. U. O. C. Y. E. O. A. (1)

— Drilococos.

¡Drilococos en el Loní!

y no

Cocodrilos en el Nilo.

Cocoloni

KO-KO-RO-KO.

¿L'onix coco?

Drilos.

2

¿Se dijo algo del Reloj?

No. Nunca.

(Esta puede ser una respuesta furiosa.)

Pues bien... Digámoslo todo:

Reloj.

3

La Luna,

Subsecretaria,

Juega al polo en un lechón.

El apellido Escartín

Chufila en el pito del tren.

¡Bebo la Noche

En pilón!

Nueve y Catorce son Tres.

4

¡Ah! ¿Cuándo podrá tocarse

El violín

Sin

Violín?

ANTONIO ESPINA.

(1) Para leer con un ojo cerrado y el otro abierto.

LA FAJA ESPAÑOLA



DECIR la faja española es algo como decir la bandera española, o la navaja española, o la liga española.

El español con faja es el hombre con más faja del mundo, y se podría decir que su faja se podría ceñir al mundo en toda la extensión de su circunferencia como un verdadero meridiano.

Debía haber en la *Historia Sagrada* de España una de esas estratagemas bíblicas como la de los botijos, por la que todo un pueblo de españoles diese una sorpresa al ejército enemigo, bajando por el desfiladero imposible gracias a haberse colgado de sus fajas.

Desde luego, hubo un baturro que se ahogaba y al que sólo salvó la faja del compañero, a la que se asió ya en el fondo del agua.

El fajado español da vueltas de peonza cuando se quita la faja, y alguno ha caído mareado después de esa operación.

¿De qué les defiende la faja? De nada. La faja es una superstición de raza, pues les defendería de la puñalada si no se la quitasen para amarrarsela al brazo en la hora del combate, y les defendería del catarro intestinal si no sostuviesen con ella los pantalones, y en la hora precisa y peligrosa no se la tuviesen que quitar.

Fajados como niños, aprietan con su faja los españoles sus fanatismos y echan llave a sus dineros. Quizás les hace emprendedores su faja y les da cuerda para hacer sus largas caminatas y cargar sus grandes pesos. Es, probablemente, la muñequera de la resistencia de sus riñones y, gracias a la faja, su resignación es segura, y tienen apretadas las clavijas años y años.

Parece que con el metraje de sus fajas miden sus tierrecillas y cazan a lazo sus mozas.

Por la faja subía todas las noches aquel galán al cuarto de la novia, y gracias a la faja pudo bajar la raptada la noche deliciosa en que todas las estrellas guiñaban su único ojo.

El labriego, cuando se quita la faja, tiene algo de clown, de esos clown que se quitan chalecos y chalecos en una serie interminable.

R.

Parece que hace en broma ese ademán de nunca acabar; pero vemos que se despliega en serio la aparatosa cinta, como para los hombres del Catastro, por ejemplo.

La faja adopta diferentes colores, como si, igual que los hábitos, fuesen colores simbólicos, y se llevase uno u otro, según el hábito ofrecido.

La faja debía ser, para completar su casticismo y su arregostamiento español, de los colores nacionales, y ser como la larga colgadura para la procesión. En el fondo, la faja tiene esos colores y ese significado y es la colgadura de la barriga.

Por la faja habría que reunir a los de unas regiones con los de otras y hacer en toda España — no importaría las distancias, porque las fajas las subvienen — una especie de juego de la danza, una especie de estrella de las fajas, como esas que los de las comparsas tejen con sus fajas durante sus «espatadanzaris».

La señal mayor de adulterio que puede haber en España, la señal indubitable, la prueba mayor, es que en casa de su esposa encuentre el marido la faja inacabable del otro,

encizañadora serpiente que no acaba de salir nunca de debajo de la cama.

A un marido le sucedió que, aun siendo muy ciego, siguió la pista de una larga faja, y acabó por dar con el que se escondía.

Los extranjeros que pasean por España, ven a unos hombres que junto a una tapia se desesperan de la faja en una lenta faena que, como el extranjero nunca ve en su postrimera fase, no acaba de comprender.

«En España — escribió en su libro de notas un viajero — los campesinos devanan el algodón envol-

viéndose en él... Se les ve al pasar dedicados a su lento movimiento de tarabillas de fábrica de hilados...»



El talante firme, decidido, testarudo del español se debe a su faja, a su terrible faja, a su faja en tres jornadas. Matará ese hombre de la cabeza redonda y de las venas hinchadas en la frente, si se le pone en la faja,

si se le mete esa idea entre la faja y el redañoil. Tanto debe influir en la psicología violenta, de ideas como metidas entre ceja y ceja, de propósitos rudos y feroces, que el español lleve faja, que eso sólo se lo puede imaginar uno habiendo observado la psicología del hombre con cinturón, es decir, el hombre que lleva puesta una cuarta de faja, nada, como quien dice. Pues el hombre de cinturón es patoso, enconado, un poco torvo, y todas sus decisiones están como enfurruñadas por ese estreñimiento que es el cinturón. ¿Qué será, pues, un hombre de faja, cuando hay que desconfiar del hombre de cinturón, que es capaz de todo, como el hombre que lleva cartuchera?

¡Cuándo se decidirán todos a llevar sólo los tirantes civilizados, que dejan al hombre en mayor libertad de albedrío!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Dibujo del escritor.)



ENTREACTOS

*Al salir de mi casa esta mañana,
un pobre se acercó y así me dijo:
«Por aquello que más quiera en el mundo,
¿me da usted una limosna, señorito?»
Le escuché, pensé en ti, y en el instante
le di cuanto llevaba en el bolsillo.*

✧ ✧ ✧

*Óyeme un consejo, hermano:
«Quien se casa a los sesenta,
es perro del hortelano.»*

✧ ✧ ✧

*Me diste ayer una rosa,
y la he guardado en mi pecho,
porque es tu retrato, hermosa.*

*La huelo de cuando en cuando,
y al aspirar su fragancia,
creo que me estás hablando.*

*¿No sabes por qué, paloma?
Porque una rosa es tu cara,
y tus palabras su aroma.*

✧ ✧ ✧

*Los huevos ar plato
parecen de vidrio,
y al ir tú a meterle la sopa, te miran
mu fijos, mu fijos, mu fijos.*

✧ ✧ ✧

*Cuanti más lo pienso, menos me lo explico
el por qué la ternera en las fondas
toa sabe lo mismo.*

ISIDRO DE MADRID.



¡OH, LOS TRANVÍAS!...

— ¿Qué le ha pasao?

— Pues na; que se ha desmayao esperando un 27...

Dib. ABELA. — Madrid.

EL AVARO

BAJO, encorvado. Cetrino. Con los ojillos saltones, hundidos y brillantes, bajo el dosel de unas cejas pobladísimas. Con el pelo huyendo de la frente en un repliegue hacia la nuca. La nariz semita, en una rara identificación con la barbilla saliente, buscándose ambas casi hasta tropezar. La boca sumida, y sobre ella unos pelillos hirsutos y canosos. Y la huella del tiempo en unos rectos surcos en la frente y unas retorcidas comisuras en la boca.

Así era, y, además, el más avaro, no sólo del lugar, sino quizás uno de los más ilustres avaros desde Judas acá.

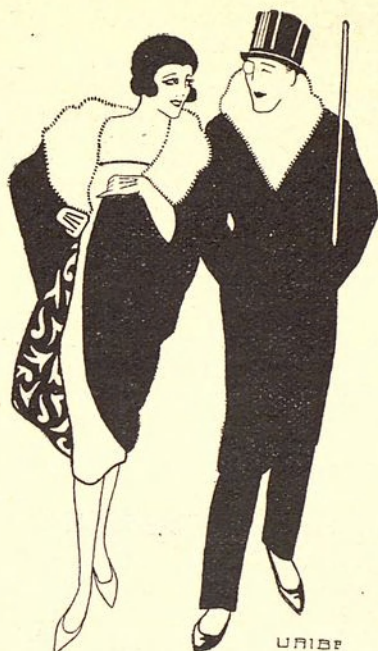
Era, sin darse cuenta, un verdadero artista de la avaricia. Sin darse cuenta digo, porque él había nacido avaro y era avaro por origen, por naturaleza y por costumbre. Se recuerda que todos sus abuelos fueron usureros en el lugar, y que, a través de los años, se habían legado un arcón de roble rebotante de onzas de oro, y que de ellos, el que aumentó el caudal heredado cumplió como bueno, con tal de no disminuirlo. Y este arcón y estas onzas eran la preocupación de nuestro hombre. La preocupación y la desgracia, como luego se verá.

Procuraba él, celoso y desconfiado, mantener oculta de los avizores ojos de la gente la riqueza con tantos afares y apuros cuidada y engrosada. Pero nunca encontraba un sitio bastante recóndito donde pudieran estar seguras sus monedas.

Los muros, la chimenea, la cueva, la marmita, como el viejo Euclión, el lagar, las cuadras, el sobrado, todo lo recorrió con el viejo arcón, y nada le parecía útil a sus deseos. Todo podía ser visto por las gentes que entraban y salían en la casa.

Pero aun quedaban el jardín y la huerta. Husmeó por los rosales, por las patatas, por el maíz, por los manzanos y por los trigos sin encontrar lugar propicio. Por todas partes había de andar el jardinero o el hortelano con su azada...

Así salió a los pastos, con el



URIBE

Dib. URIBE. — Madrid.

— Oye, me parece que has dado demasiada propina al del guardarropa.

— ¿Demasiada?... ¡Después de que me ha dado este magnífico abrigo!...

arcón debajo del brazo. Pero en los pastos olisqueaban las ovejas y los ternillos y clavaban su cayada los pastores.

Y pasó al bosque. Y en un lugar que le

pareció escondido, entre tojos y zarzales, dejó el tesoro y se volvió al pueblo.

Pero una duda le acometió, sin dejarle dormir aquella noche. El tesoro no estaba lo suficientemente profundo. La coz de un caballo casi lo dejaría al aire. Había que volver al bosque, y así lo hizo.

Pero siempre que volvía al pueblo le asaltaba en el camino, como un bandolero, la idea de que nunca quedaba bastante hondo el hoyo del tesoro.

Hasta que un día fué al bosque y con sus uñas afiladísimas cavó un pozo muy profundo. Pero no se dió por contento, y siguió cavando, cavando, cavando...

En su fiebre de topo, profundizaba sin darse cuenta de que la arena que echaba afuera le había cubierto y que ahondaba, enterrado, hacia abajo, sin detenerse nunca. La galería abierta se iba cerrando tras de sí; pero él seguía adelante, arrasando con él la caja del tesoro.

Perdió noción de tiempo y de lugar; su idea fija le mantenía y le daba fuerzas increíbles. Hasta que un día, al escarbar sobre su cabeza, notó que la mano se le escapaba y que un espeso techo de arena se desmoronaba sobre sí. Cuando abrió los ojos, la luz del día, cegadora, de la que se había olvidado, le obligó a cerrarlos.

Salió a tientas del hoyo con la carga de su tesoro y se sentó. Fué recobrando sus sentidos abotagados y le pareció despertar de un sueño. ¿Dónde estaba? Estaba cerca del mar, y por el otro lado, por las estribaciones de una montaña, salieron de entre unas matas unos negros alborotadores: eran los antípodas, los feroces antípodas de Nueva Zelanda. Le rodearon y le quitaron el tesoro entre gritos y saltos. Muy mal debió de ver nuestro hombre la pelleja, y considerando que era ya lo único que tenía que guardar, aprovechando un descuido, se metió en el hoyo y se volvió por donde había venido.

Cuando llegó al pueblo, nadie le creyó el cuento. Unos le tomaron por loco, y otros por impresionado lector de Julio Verne. Y todos, a su muerte, buscaron inútilmente el tesoro familiar en la casa y en las tierras...



Dib. NAVASOL. — Madrid.

— ¡Anda, y decía l'Ambrosia que era fea mi mantal!...

José LÓPEZ RUBIO.

CAÑO LIBRE

El señor ministro de la Gobernación está de enhorabuena, porque le han concedido una gran cruz.

¿Saben ustedes cuál?

¡La del Mérito agrícola!

¿Saben ustedes por qué?

Por las acertadas disposiciones que dictó, siendo gobernador, para la extinción de la langosta.

¡La suerte de los hombres!... Porque yo creo que a lo más que puede aspirar uno en esta vida es a eso: a que le den la gran cruz del Mérito agrícola.

La verdad sea dicha, yo ignoraba que la Academia Francesa tuviera oficiales. Pero así debe de ser puesto que hay muchos periódicos que se alegran al dar la noticia de que varios españoles han sido nombrados oficiales de la Academia.

Y para que no quepa duda de que semejante honor para nuestra patria es verdad, publican la lista de los agraciados, que es la siguiente:

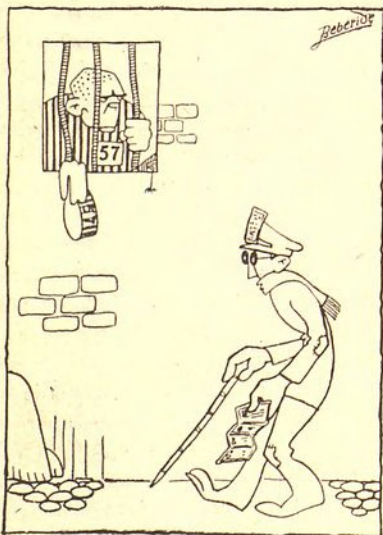
Señores Grisau, Marvier, Masse, Paccviev, Pariol, Pijoan y Turell.

Como se ve, los apellidos son más castizos que Antoñito Casero. Grisau, Marvie, Masse, Paccviev..., ¡españoles hasta las cachas!

Esta Agencia Fabra, que es la que ha circulado el despacho de Paris, gasta algunas veces unas bromas...

El insigne poeta Santos Chocano — por lo menos hace veinticinco años convini-mos en que era insigne — nos ha dedicado una poesía preciosa.

En ella, como era de temer, pone a España cual digan dueñas..., en agrade-ci-



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

— ¡El 57 pelaol...

miento a los intelectuales españoles que hicieron los imposibles para evitar que le fusilaran en su tierra.

Menos mal que cuando vino para acá nos dedicó otra composición muy bonita, que, si no recuerdo mal, se titulaba *Los caballos de los conquistadores*, en que nos colmaba de elogios inmerecidos.

Inmerecidos, sí, señores. Porque España ha cometido dos torpezas de que nunca se arrepentirá bastante.

Una, descubrir América.

Y otra, descubrir a Santos Chocano.

Un jefe indio, cuyo apellido no copio porque es enrevesado y, además, no le conocían ustedes, ha sido fusilado por los ingleses por alzarse en armas para defender la independencia de su país.

El hombre ha sido víctima de una equi-



Dib. UBIETA. — Madrid.

— Desde que te han puesto ese lazo, no te hablas con nadie. ¡A mí me lo ponen los laceros casi todos los días, y no presumo tanto!..

vocación disculpable. Creyó de buena fe que los millares de compatriotas suyos que vinieron a Europa durante la guerra, habían peleado por el derecho de los pueblos a regirse por sí mismos, y ha pagado el error con la vida.

Porque no ha habido un alma caritativa que le advirtiera a tiempo que del programa estaban exceptuadas las naciones sujetas al dominio de Inglaterra y Francia.

Según los sueltos oficiosos, el delegado francés para el arreglo de la cuestión comercial tuvo que salir a escape para París, dejando interrumpidas las negociaciones, porque estaba gravemente enferma una persona de su familia.

Tan precipitada fué la marcha, que una comida diplomática en su honor hubo de verificarse sin la presencia del agasajado, cosa que no había sucedido nunca y que es una gedeonada como un castillo.

Pues bien: pocos días después, otros



Dib. SÉRVULO. — Albacete.

— ¿De dónde gastas la ropa?
— De los codos.

sueltos no menos aficiosos nos hicieron saber que el susodicho delegado había ido a dar cuenta al Gobierno francés de la marcha del asunto, y que volvía a Madrid en seguida.

Pero, señor, ¿qué tendrán los gobernantes de todos los países, que de primera intención no dicen la verdad ni a tiros?

Y a propósito de cañonazos:

El simpático Leopoldo Romeo ha fundado un diario que se titula *Informaciones*, y que ha obtenido una acogida envidiable.

A la cual ha contribuido, seguramente, el lema estampado a la cabeza del periódico, que dice así:

«Di siempre la verdad, cueste lo que cueste, y para decirla no emplees dos palabras si puede ser dicha claramente con una sola.»

Y, como ustedes saben, desde hace seis años se publica *La Acción*, del también simpático Delgado Barreto, con el lema siguiente:

«Este periódico, sin relación con los gremios políticos, tiene por único programa decir la verdad.»

De modo que ya hay dos diarios de gran importancia absolutamente veraces. Podemos, pues, todos los demás decir alguna mentirilla que otra de vez en cuando, porque con dos periódicos que digan siempre la verdad, está el público bien servido.

El señor conde de Romanones ha declarado que está de acuerdo con el Sr. Cambó en que hay que arreglar el presupuesto castigando los gastos de personal.

Felicitémonos de esta concordancia de opiniones; pero... vamos a hacer una apuesta. ¿A que ni Cambó ahora ni el conde cuando mande suprimen las dietas de senadores y diputados, que importan más de cuatro millones de pesetas?

Y gasto más personal y más injustificado que ése...

SINESIO DELGADO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

== LUNA DE MIEL, por Rodolfo Bringer. ==

CUANDO Isidoro Paquet, a quien habrán oído ustedes nombrar, se casó con la señorita Cornelia Vinaigre, pudo el alcalde vanagloriarse de haber autorizado un verdadero matrimonio de amor.

Ocho días después de la boda, al volver de la playa en que habían querido saborear los primeros rayos de su luna de miel, se quedaron asombrados cuando les dijeron que frente a aquella playa se extendía el canal de la Mancha. Ni uno ni otro se acordaban más que del color del papel que tapizaba las paredes del cuarto del hotel.

Como su nueva casa no estaba concluida de arreglar, se fueron unos días a casa de sus tíos, los señores de Vinaigre.

A los tres días, su tío los llamó a capítulo, y les dijo, sobre poco más o menos, lo siguiente:

— Hijos míos, os amáis entrañablemente, y eso me parece muy puesto en razón; pero os estáis comiendo a besos todo el santo día por todos los rincones de la casa, sin tener en cuenta que Fernandito os ve. El muchacho va a cumplir los catorce abriles, y vuestros desahogos conyugales pueden despertar en la criatura ese animal que, según el poeta, dormita en el corazón del hombre. Por tanto, queda prohibido el besuqueo en esta vuestra casa.

— ¡Está bien! — se dijeron nuestros recién casados —. Huyamos de esta mansión

inhospitalaria, y vayamos a abrigar nuestra luna de miel en casa de mamá, que se hace cargo de las cosas.

Y, en efecto, se fueron a casa de la viuda de Paquet.

Al tercer día, mamá llamó a Isidoro aparte y le dijo:

— Hijo de mis entrañas, si yo fuera sola, nada os diría, porque yo me hago cargo de las cosas; pero tu hermana Amanda no tiene más que quince años, y ayer la sorprendí contemplando extasiada la estatui-

to que nuestra casita ya está lista, desde mañana mismo nos instalaremos en ella.

Así lo hicieron, y tomaron una criada bretona; pero al tercer día devolvió el delantal a la señora, diciéndole:

— Yo, señorita, tengo mi novio en el Ejército y quiero serle fiel, y viéndoles a ustedes a todas horas...; la verdad es, señorita, que una... ¡Vamos, que yo no puedo continuar en la casa!

Otra criada que tomaron viéronla a los tres días abrazada al revisor del contador de la luz eléctrica, y la tercera no tardó en escaparse con el panadero.

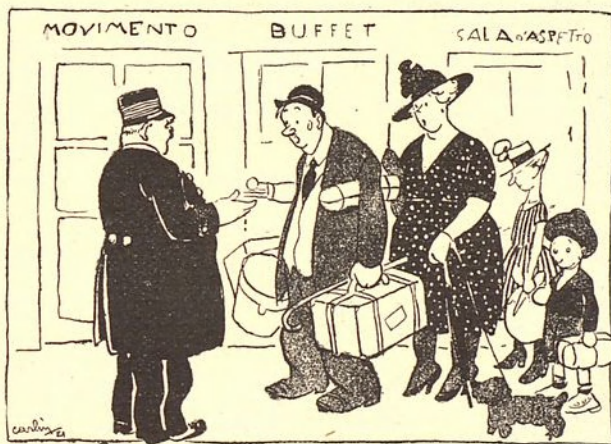
Convencidos los amantes esposos de lo funestas que resultaban para el prójimo sus naturales y legítimas expansiones conyugales, decidieron, como gente de conciencia, abstenerse durante el día de ellas, a ver si podían conseguir que les durasen las criadas; pero aquella espera a las nocturnas obscuridades les parecía larguísima e irresistible, y sufrían horriblemente, hasta que se les ocurrió una idea verdaderamente feliz y salvadora.

Se iban a las estaciones de ferrocarril, y a la salida de cada tren fingían una despedida, y se abrazaban y besaban a su placer, como si fueran a tardar muchos años en volverse a ver. Y en cuanto los trenes partían, echaban a correr a otra estación.



Nota del traductor. — ¡Habrà, después de esto, quien discuta la utilidad de la Guía Oficial de Ferrocarriles?

CLOVIS



— ¡Esto es escandaloso, señor jefe!... ¡Dos horas de retraso!...

— ¡Naturalmente, hombre!... ¿De qué servirían, si no, las salas de espera?...

(De CARLÍN, en Numero. — Turin.)

ta de hombre que tiene el ortopédico de enfrente en el escaparate. Es vuestro mal ejemplo, porque os besáis a todas horas delante de ella.

— ¡Está bien! — dijo Isidoro —; y pues-



ÉL. — Mi padre hizo fortuna muy pronto y de un modo muy curioso. ¿Quiere usted saber cómo?

ELLA. — No; me basta con saber si la conserva todavía.

(De FERRIER, en London Mail. — Londres.)



HABITANTES DE LA LUNA

— ¿Dicen que hay habitantes en la Tierra.

— ¿Sí?... ¡Qué feos deben de ser!...

(De JONENNE, en Le Rire. — Paris.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

R. M. G. Madrid. — Muy bonito, pero largo y triste; sobre todo, largo. La escena con la encargada, la entrega de la llave, es de un realismo crudo que no toleraría nuestro público.

D. C. Madrid. — ¡Hombre, por Dios! Eso no tiene sentido, ni común ni gramatical. ¿Estubieron? ¿Chavo? ¿Que el Carnaval, políticamente, es una chula que depende del Poder ejecutivo? ¡Vamos, usted debe cuidarse!

D. R. Madrid. — ¡Lástima que haya llegado tarde! Su plegaria a San Antón es muy graciosa: guárdela usted para el próximo año.

A. V. Madrid. — Hay que saber medir los versos, como primera condición para poder escalar la cumbre del Parnaso.

E. G. Madrid. — No se moleste. No sirve, y, por la muestra, tampoco creemos servirá lo que nos envíe en lo sucesivo.

S. L. A. Madrid. — Poquita cosa.

J. G. M. Barcelona. — Un reloj con g no puede ser bueno. ¡Es mucho adelantar!

D. de F. Tarragona. — No entendemos palabra de su traji comedia mómica (?). Lo poco que traslucimos, valiera más que no se entendiera. ¡Es terrible!

A. R. R. Sevilla. — Bien; esas haches están ya cada una en su lugar. De ortografía vamos bien. Ahora no le falta a usted más que un poco de sintaxis... y otro poquito, una chispita, de gracia. En cuanto consiga usted una y otra cosa, le publicaremos cuanto nos envíe.

A. C. Madrid. — En sus *divagaciones humildes* encontramos algún acierto; pero no los bastantes para publicarlas.

Hamlet. Madrid. — Con mucho gusto. Primera pregunta: Ya lo ve usted; se contesta a todo el mundo. Segunda: No se devuelven los originales que no se solicitan, porque sería el cuento de nunca acabar. Y tercera: No se pueden publicar dibujos *en serio*, pues sería desnaturalizar el carácter de este semanario.

M. G. Oviedo. — Su historieta no entra en concurso.

A. F. C. Barcelona. — ¡Sí que es peregrino! Esas filosofías, todo a 0,65, han venido a cientos de docenas con ocasión de nuestro número de Carnaval; lo maravilloso es que entre tanta amena divagación sobre el mismo tema, no hayamos recibido ni una cuartilla con algún atisbo de originalidad.

El Terceto Polar. Zaragoza. — ¡Treinta y ocho versos!

¡Si que resulta cargante,
no variar de consonante!

A. de las B. Madrid. — Sentimos tener que decirle que el artículo de Carnaval no nos hace.

L. C. Barcelona. — No sirve.

E. C. Madrid. — Recibidas sus coplas y los libros que tuvo usted la amabilidad de remitirnos. No se le contestó en esta sec-



— Yo creo, señor cura, que debíamos hacer rogativas para que llueva.

— Espérate unos días, hombre. Precisamente hoy voy a llevar a arreglar el paraguas.

(De ROCHA VIERA, en A B C a Rir. — Lisboa.)



CUPÓN

correspondiente al número 10
de

BUEN HUMOR

Habida cuenta de la enorme cantidad de colaboración espontánea, artística y literaria, que diariamente padecemos en esta nuestra casa y de ustedes, hemos tomado la determinación de exigir desde el presente número, como condición indispensable para contestar en nuestra Correspondencia, que cada original no solicitado — monos, poesías o artículos — que se nos envíe, venga acompañado del presente cupón.

ción por no considerarle a usted como espontáneo. Su nombre literario nos es conocido de antiguo. Sus coplas, como suyas, impecables; pero adolecen, para nosotros, de un pequeño defecto: son candidas como tórtolas.

F. S. Madrid. — Demasiado serios sus dibujos.

R. V. Madrid. — Está bien como dibujo; pero es muy poca cosa como historieta.

Jiménez. — Idem id.

J. P. Oviedo. — Su envío tiene bastante gracia. ¡Lástima que esté tan flojo de

dibujo! De todos modos, no hubiera sido nunca historieta.

K-Melo. — Regular; nada más que regular.

Godínez. Carabanchel. — Fedgaldó. Madrid. — Repetimos lo que dijimos el número pasado, corrigiendo la errata: «Iremos escogiendo y publicando lo mejor de sus constantes y cuantiosos envíos.»

F. L. M. Madrid. — M. del R. Barcelona. No sirven.

E. R. Madrid. — No estaría mal, si no fuera tan anciano. Procure usted que los chistes sean, o tan modernos que no hayan llegado aún al público, o tan antiguos que ya el público los haya olvidado.

N. S. P. Berja. — Publicaremos uno de sus dibujos. No los mande usted en color, pues éstos los elegimos nosotros entre los de línea, y después los iluminan sus autores con arreglo a la gama que les indicamos.

S. M. Londres. — Sentimos muchísimo que su dibujo no nos guste, pues nos hubiéramos dado un gran postín contando con un colaborador en Inglaterra. Como usted reconoce que aun le falta mucho por aprender, no perdemos la esperanza de ver algún día satisfecha esta pequeña vanidad.

Dandy. Barcelona. — Salvador. Sevilla. — C. M., F. A. P., Apolo y S. N. Madrid. — Nova-más. — Ave-lino. — Pocholín. — M. V. — Risol. — G. N. — Adepé. — Pegolo. — J. C. — Kiki. — Grafitito. — A. de A y S. — Quico. — No sirven.

M. D. Madrid. — Adivinamos en usted alguna facilidad. Insista.

A. D. Madrid. — Muy flojito.

D. U. Madrid. — El dibujo que nos gusta tiene un chiste exactamente igual a otro publicado hace mes y medio en un diario nocturno y madrileño, el cual, a su vez, lo reproducía de un periódico francés.

Caoz. Madrid. — M. F. Sevilla. — V. C. Barcelona. — Muy bonitos como dibujos; como historietas, no sirven. Envíen más cosas.

Luis y Antonio. Madrid. — Nos gustan más sus anteriores trabajos. Hay que apretar un poco más, y hay que dibujar con tinta china.

T. N. M. Sevilla. — Sus dibujos nos han parecido muy bien de técnica; pero flojitos de gracia. Cuando encuentre usted un buen asunto, no deje de enviarnos trabajos, y los publicaremos, verdaderamente encantados. Para la sección que tanto le ha gustado, puede enviarnos lo que anuncia y le guardaremos el secreto.

Llano. Madrid. — Los dos. Coruña. — J. S. V. Málaga. — Valenciano. Madrid. — J. P. del M. Valencia. — Aceptados sus trabajos.

Luna. Barcelona. — Sí, señor. Puede usted enviar todos los plagios que tenga en cartera. Se lo agradeceremos mucho.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

A nuestros lectores: _____



Tenemos en preparación un número
:: extraordinario de ::

CARNAVAL

Ustedes ya nos conocen, y saben que cuando decidimos echarnos a la calle bien vestidos, nos llevamos seguramente el premio de máscaras a pie. ② ② ②
En la Castellana, en el Prado, en Rosales, en la Pradera, en los bailes públicos y en los privados, en los "souper-tangos" y en los ambigús de los teatros no dejéis de leer el número extraordinario de

BUEN HUMOR

:: dedicado a ::

CARNAVAL

EVEN HVMOR

SEMANARIO SATIRICO

López Rubio



Dibujo de LÓPEZ RUBIO. — Madrid. — De nuestro concurso de carteles.

Ayuntamiento de Madrid